

RESEÑAS

Sobre Verónica ZÁRATE TOSCANO: *Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850)*. México: El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2000, 488 pp. ISBN 968-12-0905-2

Hace ya muchos años, en un libro que ahora pocos leen, Bernhard Groethuysen retrataba con trazos sobrecogedores los últimos momentos de la vida de un creyente francés del siglo XVIII, sumido en el arrepentimiento por el temor al fuego eterno que le aguardaba después de la muerte. Y para hacer más ilustrativa su imagen, ese distinguido historiador holandés citaba en pie de página un célebre sermón de Bourdaloue sobre la muerte. El texto de este predicador dice así: "Considerad bien este cadáver, *Veni et vide*, venid y ved; era un hombre afortunado como vosotros, en pocos años se enriqueció, como vosotros; él tuvo, también como vosotros, la locura de querer dejar tras de sí una mansión opulenta e hijos ventajosamente provistos; pero ¿lo véis ahora? ¿Véis la desnudez, la pobreza a las cuales la muerte lo ha reducido? ¿Dónde están sus rentas? ¿Dónde están sus riquezas? ¿Dónde están sus muebles suntuosos y magníficos? ¿Tiene ahora él algo más que el último de los hombres? Cinco pies de tierra y un sudario que lo envuelve, pero que no lo salvará de la putrefacción".

Quise aludir a este texto, pues creo que bien puede servir de epígrafe a la extraordinaria obra historiográfica que hoy comentamos. Tras varios años de paciente investigación en diversos y no pocos archivos de México y del extranjero, y tras la consulta

cuidadosa de múltiples fuentes impresas, Verónica Zárate Toscano nos ha dado un cuadro no sólo de la muerte de los nobles en México a lo largo de un periodo de 100 años, sino también ha retratado con notable acuciosidad la vida y las costumbres de toda una clase social que desempeñó un papel preponderante en la vida de México en la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX; de ahí que no sea del todo exacta la afirmación de la autora cuando asegura que dejó a un lado aspectos de la vida de la nobleza para circunscribirse únicamente “al estudio de sus actitudes ante la muerte, que reflejan su cosmovisión”.

Para darnos una idea de la tarea que la doctora Zárate Toscano se echó a costas baste mencionar que el texto propiamente dicho del libro ocupa 298 páginas, y la sección destinada a “fuentes y apéndices” ocupa las 185 páginas restantes. El soporte doxográfico y heurístico de la obra es sin duda notable e impresionante, y revela la creciente complejidad y exigencia en la investigación que han adquirido en nuestro país los estudios históricos. La autora analizó muy cuidadosamente 303 testamentos —la fuente básica de su trabajo— elaborados por 181 personajes de la nobleza.

De las 73 familias con título de nobleza, reunió información sobre 62 de ellas, a las cuales localizó geográficamente como pertenecientes a nueve localidades del país. Añadamos que el grueso de la documentación —169 testamentos o sea 56% del total— cubren sólo 40 años, de 1775-1815. A partir de esa fuente la autora logró obtener copiosa información sobre edades, sexo, estado de salud, consortes, hijos, nombres de pila, origen, lugar donde vivían, y otros muchos datos adicionales que pintan con claridad la vida de un estrato social, en gran parte olvidado y a veces subestimado, en uno de los periodos más agitados de la vida del país, pues fue la época de las reformas borbónicas, la guerra de independencia, el primer imperio y los años iniciales de la experiencia republicana. Es en ese complejo contexto histórico donde la autora estudió lo que ella llama “los cambios y pervivencias de las costumbres de la nobleza en medio de esa época de turbulencias”.

Su decisión de estudiar a la nobleza se debió, según nos dice, a que era un sector que incorporaba a miembros de las principales actividades productivas de Nueva España: mineros, comerciantes y hacendados, así como funcionarios y eclesiásticos. Y este grupo tenía, como rasgo distintivo, el que poseía “un reconocimiento jurídico, pero también social, es decir, un título

de nobleza". Escogido el protagonista la autora nos explica así el enfoque histórico que eligió: "Considero que las actitudes ante la muerte reflejan las características de un grupo determinado. Este imaginario social se refiere a las maneras de pensar, actuar, sentir e imaginar, tanto en el plano material como en el espiritual, causadas por la transmisión de los valores, herencias culturales y bienes pecuniarios".

La condición de posibilidad de este enfoque —que debe mucho a la escuela francesa de las mentalidades y sus estudios sobre la muerte— es el hecho de que "la nobleza cimentaba su unidad en una serie de prácticas y tradiciones, así como en una cosmovisión que le daba forma y cohesión al estrato".

De esta manera la autora recorre las varias etapas por las que atravesó la nobleza mexicana, hasta el momento de la supresión de los títulos nobiliarios decretada por la Cámara de Diputados del gobierno republicano el 2 de mayo de 1826. El balance que hicieron los contemporáneos del papel que había desempeñado la nobleza en los decenios anteriores a su abolición lo resume la autora por medio de las palabras de Fernández de Lizardi, Mariano Otero y la Marquesa Calderón de la Barca, y son lo suficientemente ilustrativos, por ser contemporáneos de los hechos, como para que cite-mos al menos dos de ellos. Dice madame Calderón de la Barca refiriéndose a esa nobleza suprimida en sus títulos: "[...] se están esfumando a toda prisa y son los últimos restos del virreinato. En su lugar ha brotado una raza nueva, que tiene poco, por sus maneras y apariencias, de la *vieille cour*, son principalmente, según se dice, esposas de militares, surgidas de las revoluciones, ignorantes y llenas de presunción, como *parvenues* que deben su exaltación a un golpe de la suerte y no al mérito como parece que debía ser".

Por su parte la visión de Otero, que contrasta claramente con ésta, ya nos habla del juicio negativo que sobre la nobleza tuvo el siglo XIX y aún el XX: "[...] estos hombres que se titulaban condes, barones y marqueses [no tenían] dominio alguno sobre la parte de la población que les servía y [...], en consecuencia [no ejercían] jurisdicción civil [ni tenían] influencia política alguna; consiguientemente, fuera del simple hecho de la vinculación del primogénito, la aristocracia mexicana no era nada que se pareciera a la europea; era sólo un nombre vano, una parodia de pueril ostentación".

Y aunque la autora del libro que comentamos afirme que, a finales del siglo XX, "la nobleza goza de buena salud y está lejos de su extinción", es evidente que su papel —tan protagónico

como se desee— entre 1750-1830 se vio notablemente disminuido en el escenario político nacional a partir de 1821.

En su análisis de ese proceso la doctora Zárate no pasó por alto ningún elemento que le permitiera determinar cuáles fueron las “actitudes y conductas” de la nobleza, concepción del poder y de la riqueza, conciencia de clase, sentido de la vida, religiosidad, relación con los otros estratos de la sociedad y, finalmente, su actitud ante la muerte. Desfilan ante nuestros ojos sus costumbres matrimoniales, la búsqueda de la consolidación económica, el afán de cimentar la unidad presente y futura de la familia y la lucha por preservar su poder y privilegios sociales. Con sagacidad detectivesca la autora develó las relaciones de los padres con los hijos, legítimos e ilegítimos, el papel de las hijas, los actos de afecto y de desafecto. Con paciencia enumeró las palabras de afecto y amor que aparecen en los testamentos, que hacen aquí las veces de cartas de adiós, el último. Con timidez la doctora Zárate se acercó a la psicología, a los sentimientos íntimos, de sus muy queridos nobles, y al penetrar en su mentalidad nos regaló con uno de los capítulos más sugestivos de todo el libro, en el cual, incluso, señaló los actos de desamor —como en el caso del Marqués de las Salinas— como justa vindicta de un padre agraviado.

La obra posee así un *crescendo* que conduce al capítulo central, al que la autora tituló, lacónicamente, “La Muerte [...]” con puntos suspensivos, a secas, y sin adjetivos ni complementos gramaticales. De hecho, y muy en el espíritu del libro, podemos decir que los capítulos anteriores son una muy cristiana “preparación para la muerte”, no del lector, afortunadamente, sino de los nobles mexicanos. Ese quinto capítulo se convierte así en el texto central, el verdadero *Dies Irae* de este *Requiem* historiográfico por la nobleza mexicana, que es el maravilloso, sabio, triste y un poco macabro libro de Verónica Zárate. Aquí el lector no tiene más opciones que seguir, en espíritu de penitencia y contrición, con la lectura de la obra, y contemplar impotente cómo la autora describe con lujo de detalles el tránsito de los aristócratas mexicanos al más allá. Para los nobles, nos dice la doctora Zárate, “la ceremonia de la muerte” era “una representación palpable y visible de sus ideas, de su conciencia y del lugar privilegiado que ocupaban. La teatralidad de la ceremonia apelaba a la memoria colectiva y transmitía ciertas pautas, así como una amplia red de relaciones en toda la población”.

Ante la muerte los nobles y sus familias adoptaban diversos patrones de conducta: los encaminados a asegurar la salvación de su alma y los ritos en torno al fallecimiento. Entre los primeros estaban hacer obras piadosas, dejar misas y hacer rogativas dirigidas a intercesores celestes, tales como Jesús, María, José, el arcángel San Miguel y otros santos de la devoción particular del noble que pronto entregaría el espíritu. Los actos de misericordia con los pobres tenían un significado especial y la ayuda a cofradías y otras instituciones pías eran actos obligados, así como lo eran el apoyo a la construcción, ampliación o reparación de obras materiales de carácter sacro como eran capillas, conventos e iglesias. También la fundación de capellanías era una muestra edificante de la piedad del difunto.

El ritual que acompañaba y seguía a la muerte de un noble mexicano es analizado detenidamente por la autora, pues era no sólo el reflejo de las creencias de la élite, sino también el espejo de la mentalidad religiosa, y también secular, de una época caracterizada por la difusión de las ideas ilustradas con toda su carga de racionalismo desmitificador. Ante nuestra mirada vemos cómo muere un noble dentro del seno de la Iglesia, la presencia de los familiares, la despedida final, el luto “y el dolor por la ausencia del que acaba de partir”. Presenciamos la actitud de médicos, sacerdotes, amigos y funcionarios, y la tarea del escribano encargado de hacer el testamento del moribundo. Los objetos de devoción para ayudar al “tránsito de la muerte”, rodean y están presentes en el lecho mortuario: escapularios, agua bendita, velas encendidas, el crucifijo, los óleos y los sacramentos para el bien morir. Vienen entonces las señales de la proximidad de la muerte: dolor en todo el cuerpo, rostro desfigurado, molestia por la luz, temblor de dientes, lengua seca, imposibilidad de estornudar, pies, manos y nariz fríos, pulso inestable, inquietud, delirio e inflamación. El desenlace viene después de la agonía —literalmente la última batalla— y el alma deja su prisión terrena para remontarse hasta su Creador. Vienen entonces los responsos, las misas; y el cadáver es colocado, después de embalsamado, en el ataúd. Los velorios pueden durar uno a dos días, y el miedo a la catalepsia está siempre presente, sobre todo si recordamos el caso de la Condesa del Valle de Orizaba, la que volvió a la vida, y a la que apodaron “la muerta resucitada”.

Vienen a continuación los cortejos fúnebres y el entierro. La doctora Zárate ha descrito los trayectos seguidos por las caravanas mortuorias en la ciudad de México, y toda la pompa del

ritual funerario al atravesar la capital virreinal ante los ojos azorados del común de la gente. Lugar preferido para la sepultura fue siempre el convento grande de San Francisco, el cual conserva o conservaba más restos de nobles que ningún otro lugar sagrado. Las honras, las misas y las rogativas se hicieron con frecuencia al pie de suntuosas piras funerarias, retratadas en finos grabados que acompañaban las publicaciones y exequias destinadas a perpetuar la memoria de las virtudes del difunto. Ampulosos epitafios sellaban el sepulcro como “vanidad póstuma” del muerto y para honra presente de los que quedaban vivos.

De esa manera la autora pone fin a su obra: con un *Requiescat in Pace*, y con una evaluación sumaria de lo que la muerte de un noble puede significar para la comprensión de la mentalidad de una época. La muerte —nos dice Verónica Zárate al final de su largo trayecto— es un punto de intersección entre lo terrenal y lo espiritual, lo individual y lo colectivo, lo público y lo privado”. Y añade a manera de elegía: “El noble moribundo, que había obrado de acuerdo con sus creencias durante toda su vida, en el momento de preparar su disposición testamentaria o de enfrentarse a la factibilidad de la muerte, se dejaba influir en algún momento por prejuicios y miedo”.

La lectura de una obra historiográfica del valor y la entidad de *Los nobles ante la muerte en México* despierta en el lector algunas preguntas que ante un texto de semejante riqueza son inevitables. Una de estas dudas me asaltó casi al final cuando Verónica Zárate afirmó que “los nobles buscaban, como *todos* los miembros de la sociedad, la salvación de sus almas”. Fue entonces cuando intenté imaginar no la muerte del noble piadoso, sino la del noble impío, no la del creyente cristiano, sino la del incrédulo ilustrado cuya fe había sido más o menos socavada por las ideas irreligiosas de la Ilustración. Ciertamente la autora señala, con todo rigor, que las muchas prácticas piadosas realizadas a la hora de la muerte de un noble —o de cualquier otro miembro de la sociedad— permiten pensar que en México, en el siglo XVIII, no existió un proceso general de descristianización como el que encontró Vovelle en la Francia del siglo XVII. Y en esto le asiste totalmente la razón. Pero en el siglo XVIII, en México, se dieron numerosos procesos inquisitoriales contra personajes que eran acusados de heréticos, sea por sus lecturas, por sus escritos o por haber manifestado verbalmente su desacuerdo con el dogma de la Iglesia católica. Las actitudes calificadas de impías no fueron excepciones, y en las bibliotecas de funciona-

rios, eclesiásticos, militares, letrados y aún de nobles, existían obras lejanas de la ortodoxia y aún contrarias a ésta. La muerte piadosa de un miembro de la nobleza fue sin duda la norma, y la documentación aportada por la doctora Zárate es concluyente en ese sentido. Pero a quienes han explorado, como ella, los gruesos volúmenes del ramo *Inquisición* puede resultarles interesante querer saber qué fue de los nobles mexicanos ilustrados —y los hubo en número no pequeño— que no murieron en total olor de santidad, aunque aparentemente así haya sido. El ritual de la muerte pudo enmascarar más de una heterodoxia no confesada, y acaso hubiera sido interesante presenciar, aunque fuera por una sola vez, la muerte de un noble que alguna vez llegó a dudar de la verdad de sus creencias religiosas.

Otro punto que estimuló mi curiosidad es el de la reacción popular, irreverente y burlona, ante la muerte de un aristócrata. A veces la sátira popular se ensañaba ante el catafalco de la nobleza, y el respeto al muerto se trastocaba en una décima burlesca como la siguiente:

Aquí yacen sepultados
Valenzuela, Mier, Borbón,
el maldito Bandolón
Contramina y allegados
Estos necios e infatuados
Que creyendo lo inmortal
Lo ayudaron a hacer mal,
ya con las manos vacías
lloran sus pasados días
en el sepulcro fatal
(AGN, *Inquisición*, t.-1331, exp. 8, f. 3).

Y aunque la Inquisición confiscaba ese tipo de documentos y castigaba duramente a sus autores, su existencia nos hace ver que no siempre hubo esa actitud de respeto, veneración y deseo de imitar a la nobleza por parte de las clases inferiores de la sociedad, y a medida que corrió el siglo XIX este hecho se tornó más evidente como bien lo ha señalado la doctora Zárate en su obra. Cerramos el libro, y lo primero que nos viene a la mente es el viejo lema: *Sic transit gloria mundi*; y aunque Verónica Zárate no se propuso escribir un tratado moral, sino una maciza obra histórica y lo logró, no podemos evitar regresar al viejo libro de Groethuysen y releer un sermón del siglo XVIII sobre la muer-

te de los nobles y de los grandes que bien pudo haber servido de colofón al libro de Verónica y que no puedo menos de recordar aquí: “¿Qué es esta grandeza a los ojos de la Fe y de la Religión? Es un vapor luminoso que pronto se disipa y pasa, después de haber sorprendido nuestras miradas; es una brillante aurora que se oscurece y se pierde en la noche eterna; es una flor de destellos arrebatadores que se seca por la tarde sobre la tumba; es un fantasma impostor que viene a estrellarse contra el término fatal a donde todo llega y se pierde. Es un rayo de luz de la divinidad misma que se manifiesta aquí abajo, pero que pronto se eclipsa y desaparece súbitamente para dejar a aquellos que iluminó, confundidos en la sombra de la Muerte”.

Eliás TRABULSE
El Colegio de México

Héctor DÍAZ ZERMEÑO: *La culminación de las traiciones de Santa Anna*. México: Nueva Imagen, 2000, 174 pp. ISBN 970-24-0044-9

Hay libros que no ameritarían ser reseñados y éste es sin duda uno de ellos, pero lo hacemos por la atracción que despierta el villano favorito de la historia mexicana decimonónica y por provenir de medios académicos. El libro parece una investigación seria; pero aun cuando el autor ha utilizado repositorios de México y del extranjero, la obra está elaborada con una corta bibliografía que incluye viejos y nuevos libros que contienen la versión texana de los acontecimientos, como Nance, Yoakum, Callcott y Caruso. Se citan contados documentos, algunas menciones hemerográficas, y en cambio abundan las citas a biografías del veracruzano, entre las que incluye la novela de Leopoldo Zamora Plowes, *El Quince Uñas y Casanova Aventureros*.

Una lectura cuidadosa, comprueba que para hacer un estudio monográfico, además de buscar material, hace falta conocer el complejo contexto histórico —el cual, en el caso de la fundación del Estado mexicano es especialmente complicado. Desde luego un historiador serio no puede empeñarse en reunir sólo el material que afirme sus prejuicios; tampoco basta investigar, es necesario reflexionar una y otra vez sobre el sentido profundo de las acciones humanas.